

Un clínico extraordinario: el Dr. Jorge Flores Espinosa (1909-1991)

Jorge Flores Valdés*

RESUMEN

Jorge Flores Espinosa fue un médico completo quien, a través de sus estudios clínicos y la formación de muchos médicos, tuvo gran influencia en la medicina mexicana de la segunda mitad del Siglo XX. Sus trabajos sobre la auto-uroterapia, la circulación porta y la cirrosis en México fueron importantes.

ABSTRACT

Jorge Flores Espinosa was an extraordinary physician, clinical investigator and teacher at the National School of Medicine who influenced the practice of Gastroenterology in Mexico in the second half of the Twentieth Century. His work on auto-urotherapy, portal circulation, and cirrhosis was outstanding.

* Investigador Emérito del Instituto de Física de la UNAM.

Palabras clave: Historia del siglo XX, Historia de la medicina, narrativas de historias médicas.

Key words: History 20th century, History of medicine, medical history taking.

Es innumerable la lista de estudiantes y médicos mexicanos que por más de cincuenta años recibieron las rudas enseñanzas de mi padre, el Dr. Jorge Flores Espinosa. Hasta los últimos días de su vida, asistió todos los jueves por la mañana a su añorado Pabellón 20 del Hospital General, para participar en la sesión clínica, donde casos difíciles de enfermos se trataban. Ahí intervenía, con sus dotes de médico completo; tenía muy claro que el cuerpo humano es un sistema complejo, que manifiesta síntomas y reacciones como un todo, como si éste fuera mayor que la suma de sus partes.

Nació en Pachuca en 1909, un año antes de que estallara la Revolución Mexicana. Pedro Flores Renero, su padre, era a la sazón tesorero del Estado de Hidalgo, en el régimen porfirista. En consecuencia, la familia Flores Espinosa tuvo que abandonar la ciudad natal del pequeño Jorge y fue a radicar a Saltillo, no sin antes sufrir, a su paso por San Luis Potosí, la amenaza de que Don Pedro sería fusilado. En Saltillo vivieron en la calle de Bravo, por donde Agustín bajaba y bajaba a caballo, curiosamente muy cerca de la casa de otra niña, María de Jesús Valdés, quien un cuarto de siglo después se convertiría en su esposa.

Retornó la familia a Pachuca y el joven Jorge completó ahí sus estudios de bachillerato en el Instituto

Científico y Literario, antecesor de la actual Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Fue ahí un alumno distinguido, por lo que lo hicieron ayudante del curso de matemáticas. En una visita a esta Universidad, en 1983, el rector me regaló una copia de las calificaciones de mi padre: en todas las materias excelente, salvo en ... jesgrima!

En 1926 el número de escuelas de medicina era muy escaso y con seguridad la Escuela Nacional de Medicina de la Universidad Nacional (todavía no autónoma) de México era la mejor del país. Dada su gran vocación hacia la medicina, Jorge Flores Espinosa tuvo que emigrar a la ciudad capital. Vivía con una prima de su madre en la maravillosa Privada del Buen Tono, en el Paseo de Bucareli. Desde donde, en tranvía o bien a pie, iba todos los días a la Plaza de Santo Domingo, la de los evangelistas, para convertirse en médico en el viejo Palacio de la Inquisición. Ahí vivió la revuelta estudiantil de 1929, cuando los bomberos llegaron a desalojar a los futuros médicos del vetusto edificio. Según contaba, los estudiantes se habían alzado en protesta de no sé qué cambio en los exámenes que pretendían hacer las autoridades. De ahí surgió, como por arte de magia, la autonomía de la UNAM que otorgó el presidente Portes Gil. No es esta la historia oficial, pero es como la vio un estudiante de aquella época.

Al cursar el cuarto año inició su inclinación hacia la gastroenterología, gracias al influjo de su maestro, Don Abraham Ayala González, uno de los más distinguidos médicos mexicanos, con quien trabajó hasta 1937. Se tituló el 27 de julio de 1932 con la tesis *El Diagnóstico Diferencial del Latido Epigástrico*, dirigida por el Dr. Teófilo Ortiz Ramírez. Ingresa de inmediato como médico aspirante al Servicio de Gastroenterología, Pabellón 19 del Hospital General de México, cuyo jefe de servicio era precisamente don Abraham, y del cual fue ayudante honorario en el curso de Clínica Médica.

Ya que en el Hospital sólo le pagaban con conocimientos, tuvo que buscar variados trabajos para sobrevivir. Puso su primer consultorio en la Avenida Chapultepec pero, según contaba, ocupaba su tiempo en estudiar, porque ningún paciente se aparecía. El Dr. Gilberto Bolaños Cacho, su tío lejano y cercano a la vez, era director del Tribunal para Menores y el jefe de médicos del box. Por ello, el Dr. Flores Espinosa ocupó el cargo de jefe de servicios médicos del Tribunal durante diez años y también fue médico del box.

Por fin, a cinco años de titularse, lo nombraron médico adjunto del Pabellón 19 y dos años después ganó el concurso de oposición para ser jefe de servicio en el Pabellón 20, con un raquítico sueldo de cien pesos. Este pabellón fue el amor de sus amores durante el resto de su vida profesional. Asistía a él un buen rato todas las mañanas, incluso los sábados y los domingos. Recorría las dos enormes salas, muchas veces acompañado de sus ayudantes y de algunos alumnos, para enseñarles a percibir y cómo elaborar una historia clínica. Los enfermos eran indigentes, muchos de ellos sin tener refugio alguno, por lo que pasaban muchos días en el Hospital General.

Desde su inicio como médico, el Dr. Flores Espinosa realizó investigación clínica y escribió artículos, en particular en la Revista de Gastroenterología. Su primer trabajo, llamado *Los Síndromes de Asociación Apéndiculovesical*, apareció en marzo de 1936. A



Doctor Jorge Flores Espinosa y su esposa, la Señora María de Jesús Valdés de Flores.

diez años de su recepción profesional había ya publicado 15 artículos y al cumplir el cuarto de siglo como médico sus trabajos superaban el medio centenar.

Trabajó en muchos aspectos médicos. En 1940 publicó un tratamiento de la jaqueca con auto-uroterapia y tres años después describió los resultados de analizar cincuenta casos. He conocido a muchas personas que sufren esas terribles migrañas en forma recurrente. Las he conocido que acuden al neu-

rólogo y su jaqueca no cede; también he sabido de muchas que fueron curadas por la auto-uroterapia. No es fácil comprender que este mecanismo no se aplique más, pues otros métodos curativos parecen ser menos efectivos.

Colabora luego con otro gran médico mexicano, el Dr. Alejandro Celis, en particular en un estudio radiológico de la circulación porta a través de la vena umbilical. Esto fue publicado en 1947, cuando ya había aparecido su primer libro: *Semiología del Aparato Digestivo*, obra en la que trabajó durante seis largos años y muchas noches de desvelo. En su vieja máquina de escribir Remington, con sólo dos dedos redactó ese monumental libro de 698 páginas, cuya primera edición fue de la Editorial E.C.L.A.L. y distribuida por Porrúa. Posteriormente, la obra fue reeditada 4 veces por la editorial Méndez Oteo. El libro se convirtió en un clásico del tema y durante años fue una referencia obligada, no sólo en México sino en muchos otros países de Iberoamérica. Incluso, algunos de los resultados que ahí se presentan fueron plagiados por una editorial catalana, sin referencia al original. Esto dio lugar a una demanda legal la cual, como en otros casos de plagio, no surtió efecto y el más débil económicamente perdió.

El tratamiento de la cirrosis fue otro de los temas que lo apasionó, sobre el cual empezó a publicar en 1944. Sus observaciones sobre esta enfermedad culminaron con la publicación en 1965 del libro *Cirrosis en México*, distribuido por Prensa Médica Mexicana. Es este otro gran volumen, de casi 600 páginas, en el que se resume la experiencia de estudiar a cen-

tenares de cirróticos, sobre todo en el Hospital General, muchos de ellos agobiados por la pobreza extrema, el alcoholismo y una muy deficiente alimentación. El libro cubre, pues, no sólo los aspectos clínicos de la cirrosis, sino también sus entornos sociales.

A finales de los años cincuenta la situación económica del Dr. Flores Espinosa había mejorado mucho. Su consultorio privado ya no se hallaba desolado. Ser profesor de la Escuela Nacional de Medicina de la UNAM y de la Escuela Superior de Medicina Rural del Instituto Politécnico Nacional, cuyas clases impartía en el Hospital; ser jefe de servicios en el Pabellón 20; ser miembro titular de la Academia Nacional de Medicina, y tener muchos alumnos que ya eran médicos distinguidos, le proporcionó fama de buen médico. Su clientela privada creció, hasta ser enorme. La atendía sin citas, porque él decía que los médicos no las cumplen puntualmente, y aun así todas las tardes llegaban muchos pacientes. Además, junto con su hermano, el Dr. Enrique Flores Espinosa, cirujano de bien ganada fama, intervenían quirúrgicamente casi todas las semanas a algún enfermo, ya fuera del Hospital o de su consulta privada. El papel de mi padre en estas operaciones era curioso: él observaba e indicaba qué hacer, pero no operaba, pues nunca pudo ser cirujano. Todo se debió a un accidente que tuvo cuando niño. Un día, por ahí de 1915, paseaba en la Alameda de Saltillo en un carrito jalado por un chivo. El carro volcó y Jorge se rompió el codo. Su mano izquierda ya no tuvo la habilidad necesaria y eso le impidió, contra sus deseos, convertirse en cirujano.

Su amor por la investigación y la enseñanza lo llevó a plantearse la necesidad de establecer un laboratorio y un aula para las clases y seminarios. Dada las carencias del Hospital General, la empresa no resultó fácil. Consiguió el apoyo de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, hoy Secretaría de Salud. Empero, éste no fue suficiente y el Dr. Flores Espinosa tuvo que contribuir con sus propios recursos para completar la construcción del edificio, el cual ligaba los pabellones 20 y 21, este último dirigido por su amigo desde que eran estudiantes, el Dr. Alfonso Acevedo Olvera. De ese laboratorio surgieron muchos trabajos, el primero de los cuales fue *Electrofresis de Lipoproteínas*, tesis profesional de Químico Farmacéutico Biólogo que presentó en la UNAM su hija Graciela.

Muchas y variadas fueron las características que convirtieron al Dr. Jorge Flores Espinosa no sólo en un gran médico sino también en un gran ser humano. A pesar de su hosquedad, los enfermos indigentes del Hospital General casi lo idolatraban. Lo mismo ocurría con sus alumnos, sus pacientes privados y su familia, porque reconocían en él su sapiencia y su honestidad a toda prueba. Hasta su muerte, acaecida en 1991 a los 82 años de edad, continuó estudiando todos los días y dando buenos consejos a todos los que lo rodeábamos. Por todo ello, su contribución a la medicina mexicana de la segunda mitad del siglo XX, fue de gran importancia.

Dirección para correspondencia:

Dr. Jorge Flores Valdés
jfv@servidor.unam.mx

medigraphic.com